

Una existencia torcida en sí misma, de Lacan a Deleuze.

An existence twisted in itself,
from Lacan to Deleuze

Camilo Eduardo Arenas Mozo¹

Universidad Externado de Colombia, Colombia
Recibido 31 diciembre 2023 • Aceptado 28 mayo 2024

Resumen

El siguiente texto pretende plantear las bases del pensamiento filosófico de Heráclito en su infinita lucha de opuestos en un cambio eterno, del acontecimiento estoico y del clinamen de Epicuro, articuladas en lógica de sentido de Deleuze, como base de los planteamientos en la última de etapa de enseñanza de Jaques Lacan. Los puentes teóricos trazados entre Lacan y Deleuze se han perdido en análisis históricos de sus encuentros y desencuentros, en el sentido que marcan hacia lo real y por supuesto en el Edipo como máquina de subjetividad. Sin embargo, considero, hasta el momento no se ha planteado una articulación de sus teorías, porque se han desconocido las bases filosóficas lacanianas. El planteamiento que se realiza en el texto permite una forma novedosa de comprender la identificación al fin del análisis, como una identificación a lo permanente en la impermanencia, poniendo como lo más profundo e intimado de la subjetividad, la piel, el borde, lo falso de la imagen.

Palabras claves: Lacan; Deleuze; pliegue, borde; objeto a; real; sentido; *sinthome*; síntoma-goce.

Summary

The following text aims to raise the bases of Heraclitus' philosophical thought in his infinite struggle of opposites in an eternal change, of the Stoic event and the clinamen of Epicurus, articulated in Deleuze's logic of sense, as the basis of the approaches in the last stage of Jacques Lacan's teaching. The theoretical bridges drawn between Lacan and Deleuze have been lost in historical analyzes of their encounters and disagreements, in the sense that they mark the real and of course in Oedipus as a machine of subjectivity. However, I consider that, until now, an articulation of his theories has not been proposed, because the Lacanian philosophical bases have been unknown. The approach carried out in the text allows a novel way of understanding identification at the end of the analysis, as an identification of what is permanent in impermanence, placing the skin, the edge, the false as the deepest and most intimate part of subjectivity. from image.

Keywords: Lacan; Deleuze; fold; edge; object a; real; meaning; *sinthome*; symptom-enjoyment.

1. camilo.arenas.mozo@gmail.com

La comprensión de la existencia en la historia de la filosofía ha devenido en dos formas opuestas. Un sentido que ha apuntado al significado, al contenido, a la idea parmenidiana del ser, eterna e idéntica a sí misma. Ese sentido de causalidad, ese sentido a la universalidad, a la idea Aristotélica, un sentido que puede decirse de lo determinado por un original, una idea primogénita, una lluvia de átomos de Epicuro, pero sin clinamen, en perfecto orden lineal, se opone a la concepción de Heráclito de la sustancia como un devenir perpetuo, una lucha de contrarios que se resuelven en una armonía cíclica. Un sentido hacía la capacidad creadora en su dimensión incierta, caótica, impredecible.

Heráclito consideró una sustancia que no cesa de cambiar en formas infinitas y paradójales, que son tanto lo que marca su sentido dado, un sinsentido loco de lo imposible, y un posible, un real, que permanece en la impermanencia. Un sentido que puede decirse de lo aleatorio, caótico, Aión voraz deleuziano, que devora todo sentido, tirada de dados a infinitas posibilidades de ser. El clinamen, la perversión, la desviación o el equívoco, constituyen una capacidad creadora, incesante en cambiar, en no coincidir. El sentido hacía esa capacidad creadora y no creada, la abordaron Deleuze (1969) y Lacan (1976) en la obra de Joyce y su capacidad de darse su propio nombre, de tirar de las cuerdas del goce, de usar los verbos a antojo.

En lógica del sentido Deleuze (1969) comprende la sustancia como un incesante cambio paradójal en dos sentidos, siempre imposibles pero posibles a la vez. Deleuze muestra cómo la comprensión del tiempo, de lo cronológico al Aión, al marcar dos sentidos opuestos, el instante medible y atrapable, contenible, y al siempre desbordado contenedor en una falla que resiste a cerrarse, a terminarse, a ser nombrada, hacen una forma en la que los dos tiempos imposibles el uno en el otro, suceden en una equivocación o desfase. No podría ser de otra forma, toda vez que el tiempo es fenómeno, pues si fuese diferente, nos enfrentamos a la problemática del dualismo cartesiano, pero si son idénticos, encontramos el cogito cartesiano “pienso, mente, miento, equívoco, luego existo, soy real en la equivocación”. Lo real del sujeto entonces aparece en la imposibilidad de no ser lo significado. Lo real es la existencia de un tiempo que siempre esquiva el presente, pero está atrapado en un abismo infinito de un presente continuo que no cesa de no suceder.

Lo inefable o el objeto a lacaniano, la casilla vacía de Deleuze, nos habla de la cualidad del fenómeno a equivocarse a sí mismo, equivocar la imagen especular de su propia identidad. Este equivoco se ha figurado en el pensamiento filosófico de Deleuze y en el psicoanálisis lacaniano, como una curva, un doblez, una torción, una agujereada a la imagen por la infinitud de no serla (en el grafo del deseo de Lacan la curva que marca los dos sentidos opuestos, a la subversión del deseo y hacía la identidad aplastante del otro), unidimensional, línea vibrante, superficie sin espesor que tiene forma de cinta de Moebius, al anudar dos sentidos opuestos, lo interno con lo externo en lo éxtimo, como palabra esotérica, en una sola y unidimensional piel.

Para Lacan las cadenas, inconsciente y consciente, están plegadas, una sobre la otra. Este pliegue es producto del equivoco que marca el Edipo, el tercio que hace el falo rompiendo el impar en la relación psicótica madre-hijo. El tercio ubica el deseo en unas coordenadas, en una escena edipiana; hace profundidad. Esta escena o coordenadas son forma, piel del goce, como un cuerpo sin órganos, solo superficie plegada a la que Lacan se refería como fantasma. Este desfase que hace forma, se produce en lo impar, y por ello Lacan concedió al impar, al tercio, la posibilidad de equivocar al Otro, la castración, el doblez, la no respuesta del Otro ante la inyección de un goce fálico en el cuerpo. Estas formas, como el tropezón del inconsciente, el tartamudeo del que no dice y la impulsión del que hace, el síntoma neurótico que anuda los mandatos del ello y las condiciones del super yo, son todas formas del sentido como opuesto a sí mismo, no cesando de no escribirse al hacerlo. De allí la importancia que Lacan dio a lo Borromeo, como ese algo que se hace en tres, que al desanudarse cualquiera de los sentidos, lo real, simbólico o imaginario, se desanudan todos.

Llama la atención cómo, para algunas comprensiones de la obra lacaniana, ha pasado inadvertido la identidad de forma paradójica en todos los conceptos del psicoanálisis; la identificación al síntoma-goce, en sus dos sentidos a lo real y a lo simbólico, el extra-ser del ser puro de sujeto, letra insignificante pero infinitamente significativa, que siempre anuda los dos opuestos. Cualquiera de los registros lacanianos es el nudo, es decir la forma de existir de esos dos opuestos, de los otros dos registros en una sola sustancia, como el amo que hace esclavo y el esclavo hace amo. Así lo real no es sino el anudamiento de lo simbólico y de lo imaginario, la forma siempre opuesta

del objeto brillante, supernumerario, sobrante o en exceso que marca una forma, es precisamente su opuesto, un agujero, una falta, un objeto a, una destrucción voraz del sentido.

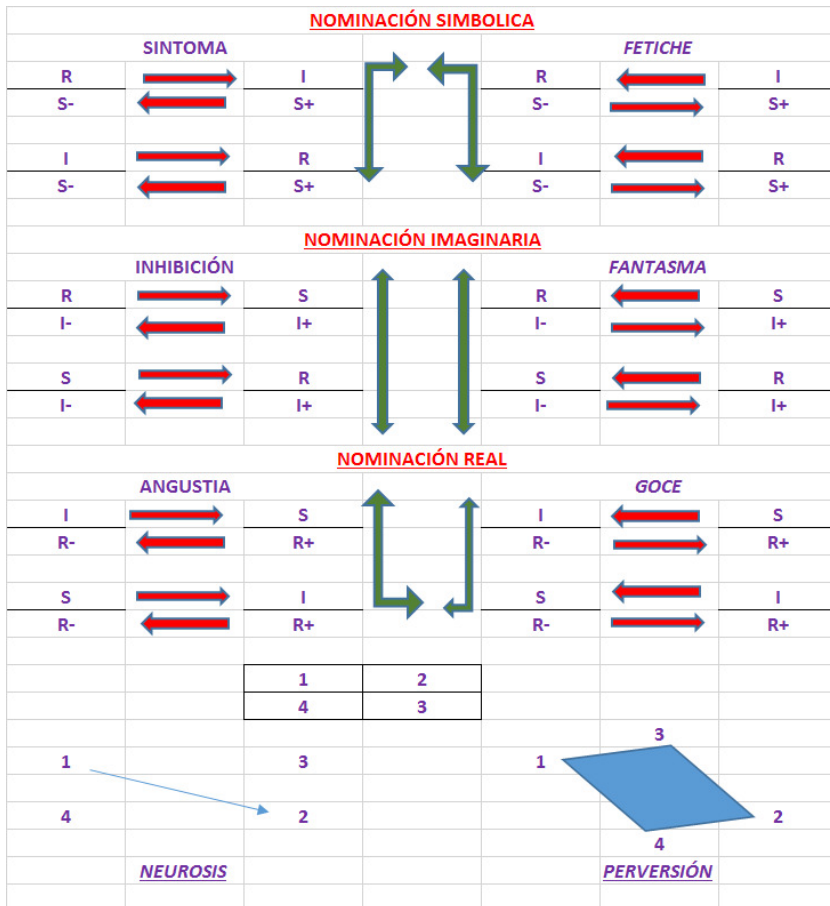
Freud también construyo sus conceptos de forma paradójal. No podría ser de otra forma toda vez que toda existencia es sustancia unidimensional. El yo es el anudamiento entre el ello y el super yo, y a su vez cualquier otro de la triada, será el nudo de los otros dos. El conflicto psíquico no es sino el contrasentido en el que se expresan los fenómenos.

Estos planteamientos hasta acá esbozados han abarcado el sentido de lo idéntico, de cómo dos opuestos se hacen idénticos. Pero también cómo se puede ya anticipar, al marcar un sentido, de lo opuesto a lo idéntico, se marca su sentido contrario; de lo idéntico a lo diferente.

De lo idéntico a lo diferente es el sentido vehiculizado en la última parte de la obra lacaniana bajo la reelaboración del concepto freudiano de repetición. Al repetir, siempre cambia algo, puesto que de lo contrario el fenómeno no podría diferenciarse de su origen. En otras palabras, la repetición, siempre es en un tiempo posterior al evento repetido, y en tanto fenómenos que a la vez son idénticos en algo, marca siempre una mínima desviación, un equívoco que le permite conceder un cierre, una diferenciación de su origen. Por ello, para Lacan, un significante es lo que representa para otro significante, es en tanto no es ningún otro significante. Los eslabones de la cadena significante se articulan en tanto no son ninguno de los otros. Por ello la naturaleza del significante es inefable.

Esta dinámica, que es el fenómeno en sí, en constante cambio, siempre diferenciándose, no solo se puede percibir en el cosmos que no cesa de moverse, sino en toda la obra psicoanalítica, por medio de devenires. Devenires como el que se marca entre lo psicótico de la forma delirante que aparece como única existencia, a la no existencia del sujeto, el no discurso, verborrea loca sin coordenadas, sin forma, sin piel como dijo Deleuze (1969). El devenir entre el narcisista como máquina de imprimir infinitas formas de goce, infinitas escenas, todas falsas pero usables para el goce, a la imposibilidad de inscribirse en una escena del suicida, del pasaje al acto del que salta del escenario. El neurótico siempre tapando con la prohibición su deseo que lo atormenta. Significando por el cuerpo sin significar en la psique de la histérica. El devenir entre el sadista que goza esa capacidad creadora, la

père-versión, al masoquista, que lejos de disfrutarla decide mutilarse el falo con tal de mutilarlo en el otro y poder escapar en lo inefable. Por ello para circular el síntoma, la inhibición y la angustia, están sus reversos, el fetiche, el fantasma y el goce.



En la esquina superior derecha, comienzo con un real, que se anuda a lo imaginario, por medio de un exceso de goce, produciendo una falta. Esto es, la neurosis. La falta, como escape a lo especular. Pero en su reverso, que

es el que está a la derecha (pues su inverso, invertir el 1 y el 2 será el que está debajo), está la perversión, en esta se va de un imaginario, a un real, con una falta en lo simbólico para agujerear y permitir escapar ese exceso de goce, sino que este exceso y gracias a la falta que imprimió la neurosis, es soportado en la palabra, como sentido dado, que se vuelve fetiche. El objeto cargado de ese plus de gozar, objeto transicional de cierta forma. A fuerza de repetición, el plus de goce soportado en lo imaginario, sin poderlo agujerear, se abre. Puesto que ese objeto cargado, eso significado cargado con el plus de goce, es tomado, para anudar lo real a lo imaginario y el Otro no tiene correspondencia para ese objeto, no tiene significante, produce una falta, que se significa en el síntoma. A su vez, lo real para anudarse con lo simbólico, parte de una imagen positivizada, el fantasma, para articularse en la imagen negativizada, en la falta de imagen, de correspondencia, la certeza que, de la angustia, el objeto a se imprime. Pero esta falta, es tomada en su reverso, como marco para el goce, esto es como imagen, es imaginizada la falta. Esto da una imagen, que no tiene otro sentido, que abrirse a la línea en su encuentro con lo real, que, de lo imaginario, hará una forma y así eternamente. En la nominación real, lo imaginario va a lo simbólico, mediante la imaginación de una falta, el falso agujero bidimensional, pero lo real se presenta como caótico y abre la forma, la hace línea. Al hacerla línea, anuda lo imaginario, pues da una forma a eso que marcó la angustia, produce goce, da forma y así lo imaginario y simbólico siempre se articulan por lo real.

Cuando Lacan (1976) propone un *sinthome*, una identificación al fin del análisis a lo real del síntoma, propone una identificación de la que ya no se tenga más que decir, que corte como acto analítico. Esta identificación es a la permanencia de la impermanencia como forma de siempre anudar dos opuestos, toda vez que los tiempos de hoy no permiten ignorar la trampa del inconsciente como refugio de lo inefable.

Síntesis

Deleuze comprende que la sustancia no es una idea aristotélica, un objeto que, al carecer de una cualidad, afirma su identidad, define su diferencia, y por ende su sentido queda comprendido en una palabra esotérica de ser su opuesto, de la carencia a la posesión de un sentido. Es decir que el *sinsenti-*

do sería la idea aristotélica. Por el contrario, entiende que la sustancia, en su dimensión unidimensional, no cesa de presentarse en opuestos, dimensionando la existencia infinitamente, en una red que no cesa de proliferar rizomaticamente, caóticamente, pero también que no cesa de comprimirse, como agujero negro que toma la estructura, la red construida, y lo devora, estirándola en su superficie, destruyendo los equívocos, a una línea que se extiende, como dijo Lacan, ¿Por qué no?, al infinito. En otras palabras, el fenómeno no es una dualidad entre el sentido y el sinsentido, sino entre estos y la destrucción más voraz, de toda forma, de todo sentido. Una lanzada de dados marca lo aleatorio atrapado en unas posibilidades determinadas; un significante encadenado a un significado. Esta aleatoriedad tiene piel, tiene sentido, puesto que del dado sabemos que solo tiene seis posibilidades. Sin embargo, el Aión voraz, el sentido a lo real, no como registro, sino en tanto real, no tiene piel, una tormenta donde nada se forma, caos que no cesa de no escribirse, no cesa de no hacer imagen. La tensión entre las dos existencias, el sentido dimensional, de lo posible y el sentido a la inexistencia, a lo imposible, es lo que acontece.

Difícil es no relacionar este sentido de Aión voraz, de real, con el concepto de nagual del antropólogo Carlos Castaneda y su controversial obra.

La sustancia de todo fenómeno como contraria a sí misma se evidencia en el círculo como aquella figura que es a la vez, de infinitos y cero lados, pero también en la línea, que siendo una identidad tiene dos vectores en sentidos contrarios. Esa línea unidimensional que al vibrar dimensiona, es abordada también en las teorías de las cuerdas en física. Ese doble sentido de la sustancia, de ser como algo necesario si miramos en la línea del tiempo, unas leyes naturales en su necesidad, a un reverso, pervisión del tiempo neurótico, caos voraz que habla de estados superpuestos de la materia en su mismo opuesto, el fotón es onda y partícula, en un universo doblado sobre sí mismo.

Pensemos en lo que un niño pregunta cuando cuestiona sobre el hecho de que los estadounidenses no escriban las cosas en español en lugar de inglés, argumentando que el español es más fácil. Eso que pregunta, marca un rasgo unario, un trazo que para el niño es único, no hay posibilidad de que el inglés sea más fácil pues no lo es para mí. Cuando el niño logre equivocarse esa certeza, abrir el rasgo unario en dos vectores opuestos, la imagen y la falta: “no

es así pues lo fácil es hablar la lengua materna”, permite, al haber hiancia de la certeza, abrir eso que el niño preguntó. Abrir eso, pere-vertirlo, cortar la piel de eso que es sentido, forma, consciencia, el sentido que tan puramente, unariamente, concede la entonación de la palabra, pero tan imposible de coincidir con su contenido. Por ello, sostengo que, si el pensamiento abre la certeza de la ciencia como saber unario, como un universo necesariamente organizado así, puede hacer hiancia y comprender que este saber único es insignificante, toda vez que lo significativo es la forma paradójal de su existencia, de coincidir en lo que no cuadra, descuadrado, circular. No es entonces difícil comprender como distintas disciplinas, la filosofía, el psicoanálisis y hasta la física, lleguen a conclusiones sobre esa forma.

De ello se pueden sacar dos conclusiones; primera que el saber que se ha llamado científico, es arbitrario. Las leyes naturales podrían ser cualquiera. El valor que tiene el acervo de conocimientos científicos es acontecer la torción de esa sustancia, hacía lo determinado y hacía lo caótico. No importa cuales sean las leyes naturales, pues su único valor es suceder como determinado en precisamente su sentido indeterminado. Segundo, al vibrar, que no es otra cosa que equivocarse a sí misma en el eterno desfase, dimensiona, de la unidimensionalidad del punto, real que se presenta como certeza de la existencia, a la bidimensionalidad de la línea, con sus dos vectores opuestos, estadio del espejo del yo como reflejo aplastante del otro especular y de esta a la tridimensionalidad que marca el falo como profundidad, lo que no se refleja en la imagen plana. El falo es la capacidad de equivocarse la imagen, concediendo su paradójal existencia de anudar al no hacerlo, de hacer contorno, piel en el agujero. La cuarta dimensión, el tiempo o lo kinésico, el movimiento, hace circular la máquina, y en su funcionamiento, resalta la unidimensionalidad del espacio-tiempo.

Bibliografía

- Deleuze, G. (1969). *Logique du sens*. Éditions de Minuit.
Lacan, J. (1976). *Le Sinthome: Le séminaire, livre XXIII* (J.-A. Miller, Ed.).
Seuil. Publicado en 2005.